

Mi padre

Aline Pettersson

Afirma Rainer Maria Rilke que nuestra patria verdadera es la infancia. Aline Pettersson se sumerge en sus recuerdos para recordar la figura de su padre y los temas presentes durante los inicios de la Guerra Fría.

Las comidas familiares se desarrollaban en una rutina hogareña más o menos a la misma hora: al llegar mi hermano y yo de la escuela, y mi padre de la oficina. Entonces, en ese lejanísimo entonces, sería mi padre quien iba a provocar una conversación que acababa enardeciéndome. Claro, las formas se mantenían siempre, mi voz conservaba un volumen moderado que apenas subiría unos mínimos decibeles los momentos más álgidos de la disputa. Pero mis ojos echaban chispas. Y eso era cada día.

Papá era un hombre serio, cortés, algo solemne quizás y de carácter apacible. No recuerdo haberlo oído gritar aunque seguramente lo debe haber hecho más de una vez. No fue un padre joven y, de cualquier manera, en mi niñez las generaciones guardaban una considerable distancia en el trato. Por eso era peculiar que él provocara esas discusiones diarias conmigo. Tal vez sería porque llevaba muchos años trayéndome cuanto libro pensaba que podría gustarme, antes de yo misma elegirlos cada semana en la librería, como ya pasaba al iniciarse estas disputas. Los libros ensanchan no sólo la imaginación, sino los pensamientos, decía él. El caso es que las peleas verbales deben de haber empezado a mis doce años y prosiguieron a lo largo de mi adolescencia. Yo siempre he sido vehemente y supongo que entonces debo de haberlo sido mucho más, al suplir el conocimiento con la pasión. Al principio mis respuestas fueron tímidas, uno nunca se le enfrentaba al padre. Sin embargo, poco a poco fui tomando más confianza porque sólo ahí se dio una especie de licencia paterna que matizaba las fronteras entre él y yo.

Se me ocurre que quizás *El conde de Montecristo* haya tenido que ver con el inicio de estas discusiones. La lu-

cha contra la injusticia, la injusticia contra Dantès; pero a mí se me perfilaba la injusticia que yo veía por todas partes. También pudo haber sido la lectura de una leyenda acerca de la reina de Hungría que mandó detener su carruaje para amamantar a un niño pequeño que lloraba de hambre. No lo sé, pero lo que sí sé con certeza es que me afectaba mucho advertir la pobreza a mi alrededor. La gente que pedía limosna, pero no sólo ella, caminaba descalza por las calles de la Ciudad de México. A unas niñas que apodaban “las pelonas” (habían sido rapadas para librarlas de los piojos), que venían a diario con una lata vacía a recibir comida de las casas, les pregunté si no les dolían los pies. No, me dijeron, y me mostraron sus plantas callosas tan distintas de las mías y recuerdo cierta admiración de mi parte, pero también recuerdo mi horror. Debo añadir que el único perro que tuve en la niñez fue uno blancuzco, flaco, callejero que traían esas niñas y que en un acto de camaradería compartieron conmigo. Era mío, con su autorización, el lapso en que recorrían la calle de una esquina a la otra y el tiempo que les tomaba sentarse en la orilla de la banqueta para comer.

Muchos de los compañeros de trabajo de mi padre eran extranjeros y yo, en la escuela, tenía condiscípulos provenientes ellos o sus familias de diversos países europeos, por lo que la guerra mundial aún estaba presente en nuestras conversaciones. Se iniciaban los tiempos álgidos de la Guerra Fría y las dos superpotencias extendían su sombra fuerte y ominosa. Yo escuchaba acerca de la constante amenaza de una conflagración atómica que iba a destruir el mundo. Pero en esa época supe también que en Rusia luchaban para que todos tuvieran lo mismo, para que todos fueran iguales, para que ya no

hubiera “pelonas” con latas llenas de un revoltijo de comida, o vestidas con ropa de desecho. Y eso quería yo para el mundo entero. Entonces clavé en la pared de mi cuarto el retrato de un Stalin de bigote blanco y me propuse, tan pronto me fuera posible, irme a vivir al país donde ya no habría pobres. En aquellos tiempos yo ignoraba el resto de esa trágica historia que, de cualquier forma, fue saliendo muy poco a poco a la luz. A mis doce años tampoco me era claro el porqué Rusia se llamaba URSS y se me ocurrió que era una especie de anagrama fallido.

Como vivía cerca de la embajada, muchas veces me acerqué a su puerta imaginando una amable sonrisa de bienvenida. Sin embargo, debo confesar que siempre fui recibida por un guardia malencarado que me urgía a quitarme del portón. Eso, claro, me desconcertaba, pero como el hombre era mi paisano y no alguien de aquel soñado país, suponía yo que quizá no contaba él con todos los pormenores.

Otra cosa muy confusa era que las gentes sintieran como enemigo a un país que luchaba por la justicia y la igualdad. Los comunistas son enemigos de Dios, oía yo decir a los niños de mi calle, pero en mi casa, no es que se hablara mal de Dios, más bien no se hablaba mucho de Él. Con otros argumentos iniciaba mi padre el combate. Recuerdo su voz sosegada, un tanto irónica, lanzando la primera provocación. Tal vez iba a decirme que tendríamos que dividir nuestra casa con otras familias, o que allá no me podría comprar ni juguetes ni libros

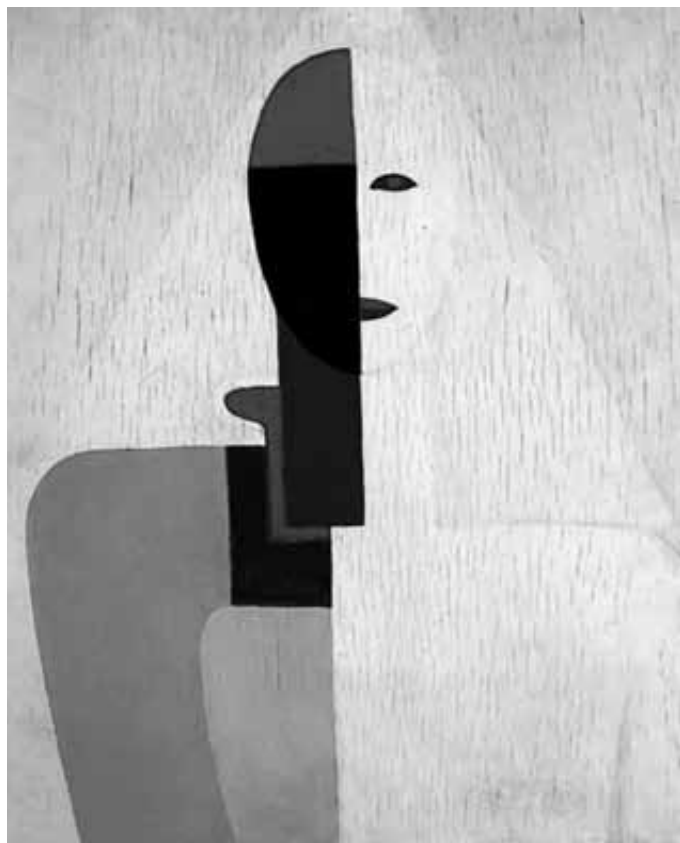
ni casi nada porque en su trabajo le pagarían muy poco, si le pagaban. Pero todos tendrían trabajo, reviraba yo, incluso lo tendría el papá de las niñas del bote para la comida. Entonces debe de haberme sugerido que el país opuesto ofrecía de todo, que tal objeto que yo apreciaba provenía de Estados Unidos y que ahí no obligaban a la gente a hacer lo que no les gustaba. Que eran libres, no como en Rusia, y que si se hacían ricos era porque eran muy trabajadores. Porque ahí todos podrían hacerse ricos, sólo era cuestión de trabajar. Que además, tenían permiso para viajar a donde quisieran, y que si llegaba el comunismo a México, iban a prohibir a la gente salir del país como en Rusia. Debo de haber tenido yo, para entonces, algunos años más, al responderle a mi padre que se necesitaba dinero para eso y que así acababa siendo lo mismo: no tener permiso para salir o no tener cómo hacerlo. Que cuando todos fueran iguales, las cosas cambiarían. El tiempo, tristemente, no confirmó mis palabras.

Pero vuelvo al inicio de estas discusiones. Recuerdo que se exhibió en el cine Arcadía una muy famosa película rusa: *Flores de piedra*, que me llevaron a ver pese a que se rumoraba que los espías norteamericanos fotografaban a quienes apoyaran de cualquier manera, por insignificante que fuera, a los rusos, y mi padre temía que lo ficharan. O él tuvo muy buena suerte o los del FBI eran muy torpe o se ocupaban de algo más interesante que la entrada de un cine. Quién sabe...

Recuerdo también que mi desmesurada admiración por aquel país llevó a la madre polaca de una com-



Malévich, *Tres figuras femeninas*, 1928-1930



Malévich, *Busto de mujer*, 1928-1932



Malévich, *Presentimiento complejo*, 1928-1932

pañera mía de escuela a invitarme a probar un platillo que me acercaría a la atmósfera añorada. Nos sentamos a la mesa mi amiga, sus padres y yo. La mamá me sirvió dos cucharones de una sopa fría de color rojo amoratado que tenía en el centro media papa tibia. Se trataba de un *borscht* a la polaca, es decir, una sopa dulzona de betabel. Los tres pares de ojos pendientes de mí; mi mano llevándose a la boca el manjar; mi desagradable impresión; mi garganta que se negaba a recibir el alimento; mi necesidad de seguir adelante con las miradas encima; mi éxito final al haber dado cuenta del *borscht*. Y luego, y luego, la mano de la señora, cucharón en alto, muy complacida sirviéndome más.

Pasarían muchos años hasta que fui invitada a la embajada soviética con motivo de la presencia de un poeta, cuyo nombre se me escapa. De una parte, mi viejo anhelo se hizo realidad al pisar finalmente aquel sitio; de la otra, se ofreció *borscht* y yo recordé con angustia mi lejana experiencia infantil. Pero éste me supo distinto y lo paladeé con placer mientras ponía orden en sueños ya tan obsoletos. A lo más que llegué en los albores de mi vida fue a intentar el estudio del ruso con unos libros que aún permanecen al día de hoy en mi librero.

Debo añadir que en mi adolescencia, por razones que aquí no vienen al caso, asistí durante un año a un *college* de monjas en California. Estaban en pleno marxismo, la gente delataba a sus amigos y colegas, como se había comentado antes, con la ceja levantada, que se hacía en Rusia. En fin, yo continuaba imaginando que

las cosas en el mundo podrían ser mejores. Y, con mi ignorancia bolivariana a cuestas, le comenté a una compañera yanqui, en el sótano donde se encontraba la lavandería y mientras esperábamos que las máquinas hicieran su labor de limpieza, que América Latina iba a unirse para formar un país único, sólido y poderoso que vencería a Estados Unidos. Mi amiga lo aceptó como inevitable. Y justo en ese momento, de entre las sábanas tendidas, apareció una monja ya vieja para amenazarme. Me dijo que mientras el presidente Calles perseguía a los católicos en mi país, ella, del otro lado de la frontera en una escuela religiosa, educaba a sus hijas y que si llegaba a sus oídos algún otro comentario mío de esa índole, iba a denunciarme con su gobierno para que me deportaran. El rostro de mi padre se me hizo presente, el miedo a las represalias que le iban a traer a él graves problemas y las que él iba a ejercer conmigo. Tuve miedo, mucho miedo... Pero transcurrió el año escolar sin que la monja cumpliera su amenaza. Y volví a casa.

Muchos años después, en circunstancias de reflexión ya en mi vida adulta, me pareció entender que esas discusiones con mi padre eran la forma un tanto extraña que él encontró para entablar una comunicación vivaz conmigo. Que quizá le agradaba estimularme para que defendiera yo mis ideas con vehemencia. Que quizá le gustaba verme luchando como los personajes de los libros que me traía. Que quizá, tras las cuatro paredes de su casa, teatralizaba él con ingenuidad las disputas que tenían peligrosamente enfrentado al mundo de ese tiempo. **u**